

Peña Santa de Castilla

(PICOS DE EUROPA)

Por A. TRESACO.

Del Grupo EMPRESA GENERAL
ELECTRICA ESPAÑOLA y Bilbao
Alpino Club.

*A mi buen amigo, Teógenes Díaz, el inmejorable compañero
de cordada y de mis andanzas por la montaña.*

Han pasado diez y seis años desde que en un día semejante al de hoy, desde Posada de Valdeón, en compañía de Teógenes Díaz, Rubio y Folliot, en una hermosa mañana del mes de Agosto, vibrante de luz y de sol, emprendíamos el camino de Vega Huerta (1) y Peña Santa de Castilla —en los Picos de Europa— por la canal de Pambuches.

Muchos son los años transcurridos, pero todavía conservo frescos en la memoria, como burilados, los gratos recuerdos de montaña de aquel entonces: Pirineos, Picos de Europa, Gredos, Guadarrama... Balaitus, Vignemale, Naranjo, Peña Santa y muchos más, son nombres muy familiares para mí; son recuerdos de ascensiones, de campamentos de altura; de bellos parajes, de acogedores refugios o de la ligera tienda con murmullos de brisa, de viento suave; recuerdos, en fin, de proyectos e ilusiones, aunque no todos realizados. Fui a la montaña, me adentré en ella, y ésta se introdujo en mí, inundando con su luz las profundidades más recónditas de mi alma, forjando mi temple, educando mi sensibilidad, enseñándome a apreciar lo que significa y representa el compañerismo, la camaradería y la amistad sincera, inquebrantable. ¿Cómo no recordar y con honda emoción al compañero con el que en perfecta unión hubimos de salir de un trance difícil, con el que compartimos el peligro, luchamos contra la inclemencia del temporal en el infinito de la montaña revuelta —más insignificantes que nunca— y con el que saboreamos las emociones y alegrías de la cumbre, del éxito de un mismo afán puesto en un objetivo, sin egoísmos y con total desinterés?

Había estado ausente de la montaña por un lapso de tiempo, pero heme otra vez en ella, como siempre, verdadero enamorado de su belleza. ¡Cuántas veces —de una manera

impensada— he evocado en este intervalo todos esos recuerdos, experimentando una sensación de placidez y un olvido total de cualquier inquietud, indiferencia o abatimiento!

¿Por qué en este evocar los recuerdos de montaña fué siempre el más insistente éste de Peña Santa? ¿Qué sacudimientos del recuerdo influyeron en esta predilección? Mi primera ascensión en los Picos de Europa fué la de la Peña Santa de Castilla por su cara Norte y tal vez sea ésta una de las causas, debido a la sorpresa que se recibe y al regusto que nos queda en toda actividad, bien se trate del deporte o cosa cualquiera, al conseguir nuestra primera marca homologable en los primeros pasos —en este caso— de mi formación en escalada. La repetición en varias ocasiones de esta ascensión y diversas exploraciones de la muralla Sur, que me situaron a considerable altura en la pared por las ásperas llambrias, por sus canales o a lomo de sus espolones, me hicieron conocerla y vivir intensamente toda su belleza salvaje. Pudiera decirse que en las grandes canales verticales, en las llambrias fisuradas por el agua o en la pequeña cornisa sobre el vacío, así como en todo el conjunto imponente de la pared, se siente el palpitar mudo de una existencia, un hálito que se eleva hacia la cumbre y nos atrae. Es el alma de la montaña, con la cual nos compenetramos.

No podía quedar olvidado, claro está, el apacible valle de Valdeón, —una de las bases de partida para Vega Huerta y Peña Santa de Castilla— de cuya descripción son recortes impresionistas las líneas que siguen:

El pequeño y profundo valle de Valdeón es un auténtico valle «dolomítico» y queda enclavado por el O. y S. entre los Puertos de Pan de Ruedas, Pan de Trave y Remoña y por el E. y N. al pie de los macizos central y occidental de los Picos de Europa. Desde estos puertos, camino a Pontón y Oseja de Sajam-

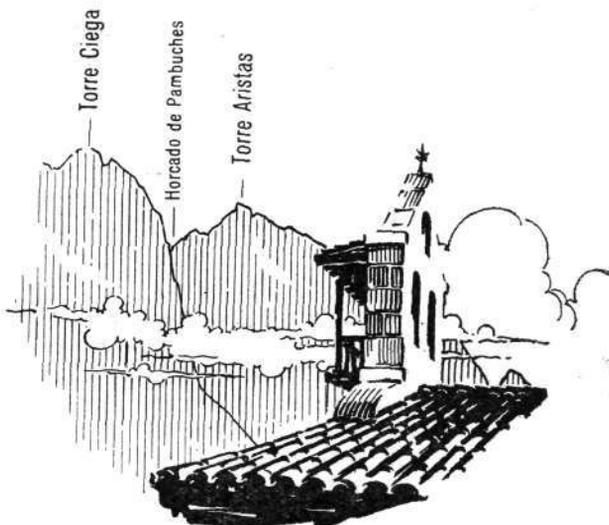
(1) También Llago Huerta.

bre, a Portilla de la Reina y a Espinama, respectivamente; desde el Pico Abedular y colladas de Dobres y del Frade en el macizo occidental, desciende por vertientes, laderas y barrancadas el bosque de hayas y robles centenarios. La vegetación exuberante lo hace en muchos lugares impenetrable; en los días luminosos se estremece el bosque y lo mismo del tronco viejo y carcomido o hendido por el rayo, que del tierno brote, las altas ramas tiemblan y se esfuerzan por saturarse de luz; por los caminos carretiles la luz tiene transparencias verdes de frescura de helecho, de musgo jugoso, es filtro de sol y sombra, refresco para el caminante; el bravío acebo, de lustrosas y espinadas hojas verdes, es un ornamento; los claros del bosque son verdaderos tapices de jugosa hierba brillante; el laurel prende en las calizas llenas de líquenes en las tenebrosidades de los profundos barrancos; y el cantar del agua de los arroyos del bosque, corre hacia el Cares entre bóvedas de verdura o por entre las retorcidas raíces del hayedo, que desciende hasta lo hondo del valle.

Las aguas frías y transparentes del Cares atraviesan el valle y sus fuentes fueron los arroyos del bosque. Las nieves centenarias y las que cayeron durante la invernada en los altos circos glaciares de ambos macizos montañosos, filtradas a través de la inmensa masa caliza aflorarán en lo profundo de los tajos y en las gargantas en forma de torrente para engrosar su caudal. Reposado durante el período estival, sus remansos despiden reverberancias esmeralda sobre el espejo del agua y tumultuoso en el deshielo primaveral, es el ariete que ha hendido la montaña dando lugar al ingente desfiladero que lleva su nombre.

En lo hondo del valle, entre praderías y bancales de maíz o de dorados trigales, a lo largo de la estrecha cuenca del río o remontando las laderas, *Posada*: Cómodo escaño junto al llar para los días tristes y las noches frías; chisporroteo de crepitante leña en el hogar bajo amplia campana de chimenea; pan moreno de pueblo, mantequilla y queso de la leche de los altos pastos, truchas del Cares,

fresas silvestres... en abundante mesa de buena posada; recorte sobre el limpio azul celeste y fondo de torres calizas, de pequeña iglesia ermitaña de torre de espadaña con veta y tejadillo de tejas musgosas del pequeño balconcillo y rústica y carcomida escalera exterior, al campanil, con baranda de madera hendida por el tiempo, vieja como las hayas, como los robles del bosque; crucero en el camino al que confluyen las almas sencillas



del valle; oración que se eleva por el límpido azul o a través de la blancura grisácea de las nieblas o entre las alburas frías y mudas del niveo manto invernal de la montaña.

Soto: Surcos de rodadura carretil en el camino a Posada; chopos marginales del camino de temblorosas hojas, altos, cimbreños, lirás para cantar la sinfonía del viento, sus copas para contemplar el caminar de las nubes, la profundidad del azul; tarde de domingo en la bolera a la sombra de frondosos árboles, mozos en una partida de bolos mientras entre bolada y bolada el cura pasea sus oraciones; arrumbados, bajo el viejo y ennegrecido hórreo de primitiva arquitectura, una horca, un yugo, una carreta y otros bártulos de labranza; ¡el viejo hórreo desvencijado...! ¡cómo armoniza en los fondos verdes con la fortaleza caliza de los Picos de Europa! Insuperable símbolo de paz y de la armonía sencilla con que discurre la vida en este escondido valle.

Sta. Marina: Enristradas mazorcas doradas al sol, geranios verdes en flor, claveles



Fot. Sopena

PEÑA SANTA DE CASTILLA

Golpe de niebla.

Brecha del itinerario
de la cara Norte.

Los Llastrales

Aguja José del Prado

Brecha de los
Cazadores.



PEÑA SANTA
DE CASTILLA
(Pared Meridional)

Las partes de puntos
corresponden a zonas
ocultas de los itinera-
rios.

Fot. Sopena

Los Llastrales

Brecha de los
Cazadores.

Brecha a la
cara Sur.

Torre del Torco

PEÑA SANTA
DE CASTILLA
(Cara Norte)

La línea de trazos
blancos indica el itinera-
rio normal de ascen-
sión y la de trazos ne-
gros el paso por los
Llastrales desde Vega
Huerta al arranque del
mismo. La flecha, la
entrada a la canal de
Mesones. ———



Fot. Sopena

rosa, reventones, enredaderas de la solana, (balcón corrido de madera comprendido entre dos muros laterales que avanzan fuera del paramento de la fachada principal); calle de casas, las de la solana, las que miran al río o al callejón, a lo largo del camino; un viejo hórreo...; una viejuca, pañuelo negro a la cabeza, encogida de años, nos contempla desde el umbral de una humilde casa; un rapacín sucio y limpio de cara, manzana brillante, roja, apretada, cruza la calle; ecos de voces en el ambiente en los alrededores del pueblo quieto durante las faenas campesinas en la nostalgia de la tarde que declina.

Cordiñanes: Diminuto, pintoresco, entre frondosos árboles, adosado a los últimos contrafuertes que lanza al Cares el macizo central; rumor de río entre canchales allá abajo; pueblecito de «Belén» navideño...! la hoz del Cares con toda su angostura de canales vertiginosas va a iniciarse en lo que paradójicamente es la salida natural del valle.

Prada, Los Llanos, Capdevila... pueblecitos o agrupaciones, que con los anteriores quedan separados de Posada, la capital del Concejo, por pequeño paseo de breves minutos.

Pero lo que da verdadera fisonomía alpina al valle y pone más de relieve su aspecto tranquilo y apacible es el alto y recortado perfil de las vecinas torres de los dos macizos cortados en muralla, cerrando el horizonte. Torre Bermeja, Torre Ciega, las Torres de Aristas y Torre del Friero, levantan su vertical gris sobre los rojos tejados, sobre la pequeña iglesia ermitaña con torre de espadaña... Los veleros del aire, jirones perdidos de algodonosa niebla, caminan por bajo las torres, por los espacios del valle.

* * *

La canal de Pambuches, entre Torre Ciega y las Torres de Aristas es una «direttísima» entre los diferentes accesos desde Valdeón a Vega Huerta. Mi camino de hoy.

Por los caminos del monte, desde Posada ¡con qué alegría voy contrastando los recuerdos de aquél día, diez y seis años ha! Aparentemente, todo sigue inmutable. Por aquí se hunde el camino entre los pastizales, aquí serpea el atajo que lleva a ese alto, aquí la loma verde, allá está el pequeño bosquecillo de los robles y un poco más adelante, de la

pedrera de la canal en la margen opuesta, la escondida fuente.

Desde la loma en lo alto, los pueblecitos rojos se aplastan en la mancha verde y en la mañana de cristal se eleva dulcemente la espiral en azul del humo de los hogares en paz. Todo sigue igual. Allí están también en su soledad, colgadas en la altura luminosa, frente por frente, las altas cimas del macizo central: Llambrión, Palanca, Collado Jermoso... De las cresterías, por entre su accidentado perfil, abanicos de luz con polvo de escarcha brillante sobre las sombras, de las mismas crestas van dejando el recorte de su silueta todo a lo largo de la canal de Asotín. Todo sigue igual.

Y así, despaciosamente, voy ganando altura en la canal por la que a intervalos, el aire cumbreño de las torres trae el regalo de su frescor, de aromas bravios. En el horcado. Ya he salido de la canal recta, ya se siente la caricia constante del viento, el dilatado horizonte, Peña Santa...! ¡Qué emoción y qué bienestar los del cuerpo en estas alturas!

Hace rato que dejé el horcado de Pambuches y el sol se deja sentir en este ráfago de hoyos. En la hora caliente dos rebecos cruzan rápidos las laderas opuestas del hoyo donde me asomo. De los rincones en la umbría de Torre Parda, precedido por estrépitos de canchal y ecos de hueca sonoridad, otro rebeco, perfilada en el espacio su esbelta, su alocada figura, en impresionante salto por elevado escarpe ha cortado mi camino para desaparecer hoyo abajo. Junto al nevero distante ha detenido su jadeante respirar, ha oteado el contorno y en nueva carrera se ha perdido de vista. Un silencio mayor ha vuelto a cubrir los laberintos cóncavos. Yo he continuado mi camino, regustando la bella estampa del rebeco de ágiles patas...

Al doblar el espaldar Sur de la Torre de Cotalbín y desembocar por el amplio collado en Vega Huerta, se presenta de repente uno de los rincones más impresionantes y majestuosos de los Picos de Europa.

Son los seis de la tarde. Descuelgo mi mochila y al pie de la senda que por la Vega de Llos, desde Valdeón, viene hasta el refugio de Vega Huerta, me dispongo a contemplar tanta belleza, henchido de gozo e impresionado a la par por el soberbio espectáculo, una vez más desconocido por el atardecer luminoso lleno de fuego.

Contemplo de plano la muralla de la cara Sur de la Peña Santa, refulgiendo las calizas doradas por un sol en pleno declive y recortada su larga cresta en el azul purísimo de la tarde bella. Aunque próxima y en la placidez vespéral, en esta hora serena, llena de silencio, es tal la nitidez del ambiente, que de las canales y partes en sombra de la pared, surgen transparencias de azulina claridad. Toda la montaña silenciosa y ardiente brilla llena de luz. El instante lleno de quietud e inmensidad toma el sello de las cosas eternas...

Del pequeño refugio, solitario en la divisoria del collado, tomo de nuevo el camino con gozo. Desciende la senda suave, y yo por ella. Un nevero herido por mil cristales de luz se acuesta sobre la fresca hierba, se apoya sobre la suave senda. En el refugio ¡qué paz!, ¡qué bienestar...!

Se pierde la vista en el horizonte grana y se esfuma el pensamiento. Para qué pensar...! ¡Vivir! Antes de que se marche el tiempo.

Con el ocaso se torna la tarde en rojo y del nevero sobre la jugosa hierba corren humedades verdirojas de agria tonalidad. Por la pequeña vereda de los pastores de merinas de Carbanal, tras el refugio y por el ondulado terreno hacia los Llastrales, queda encendido el praderío y se transparentan las florecillas. El contraluz de la serranía de Beza es púrpura puro festonado con destellos de oro.

De la vertiente oriental hacia el collado sube entre sombras el tintineo lejano de esquilas claras y del crepúsculo en el collado solo van quedando vagas claridades verdes, vagas claridades malva. La noche cae y en la intimidad del pequeño refugio solitario, de mi vagar sonámbulo, feliz, en la tarde templada, fría luego, paladeo con placer en el abrigo tibio toda la sinfonía policromada que momentos antes disfrutaba dichoso, como en otras ocasiones, cuando en el misterio profundo de la noche, ya en este mismo tablado, o bajo la pequeña tienda, saboreábamos los momentos siempre felices en la montaña. En esta ocasión, en mi bagaje, no hay cuerdas, clavijas ni mosquetones. Solo he querido ver la Peña Santa, la más bella cumbre de los Picos de Europa, admirar una vez más su cara Sur.

* * *

Dos son las vías de escalada abiertas hasta la fecha en la pared meridional de la Peña

Santa de Castilla: La directa Fuentes-Folliot-Rojas (VI grado) y la Sol-Ruiz Vilar (V grado). Como puede apreciarse en la fotografía, arranca y sigue la primera (1) la vertical de la cumbre hasta la parte alta del nevero en el gran cóncavo de la pared y continúa bordeando el extraplomo de este cóncavo hasta salir a la cresta en las inmediaciones de la cima en un itinerario lleno de dificultades extremas. La segunda (2) más fácil, arranca más a la derecha, por una canal vertical hasta una gruta de la que se sale por una ventana a terreno difícil en plena pared (X), encontrándose las máximas dificultades de este itinerario desde este punto hasta alcanzar la parte inferior del cóncavo, o sea, la parte por donde las aguas tienen su salida natural. Coincide, pues, como se ve, con la anterior en la parte alta del cóncavo para separarse después dirigiéndose a la brecha donde asoma el itinerario clásico de ascensión a Peña Santa, por la cara Norte, para continuar por la cresta hasta el final. Otro itinerario (4), Cuñat-Casquet, desde Vega Huerta, a la misma cumbre, es el que llegando a la misma Brecha de los Cazadores, hace todo el recorrido de la cresta (III grado), no pudiéndosele incluir prácticamente entre los de la cara Sur. (Véase nota al pie).

Para todo aquel que comprenda el sentido de la escalada o para quien sepa sentir la emoción de la belleza de la montaña, en su manifestación más agreste e impresionante, la Sur de la Peña Santa es una verdadera tentación.

La primera vez que me asomé a esta cara fué en compañía de Teógenes Díaz, desde la brecha ya antes citada, del itinerario de la Norte, por las crestas a la izquierda, frente a la aguja José del Prado, para examinar el cóncavo y parte alta de la pared hasta la cima con vistas a una «primera» por la Sur. Si no hubiéramos ido con tal propósito el resultado hubiera sido el mismo: Entusiasmos con la idea. ¿Cabe no entusiasmarse ante la belleza ingente de aquella masa caliza y sentirse de antemano en acción dominando la vertical e ir dejando marcado un itinerario por encima del cóncavo, por las fisuras, todo al borde del extraplomo hasta llegar a la cresta casi al pie.

NOTA.—La descripción técnica de estos itinerarios puede encontrarse en los números correspondientes al mes de Noviembre de 1935, cuarto trimestre del año 1944 y cuarto trimestre también del año 1947 de la revista PEÑALARA.

de la cumbre en íntimo contacto con la roca, por todas aquellas partes, que, en conjunto, dan a Peña Santa de Castilla majestuosidad y belleza no igualables en ninguna otra cumbre de los Picos de Europa? Este mismo camino es el que después ha seguido la vía Fuentes-Folliot-Rojas, precisamente el mismo.

Circunstancias especiales impidieron poner en práctica nuestros proyectos al año siguiente. Sin embargo, ese mismo año, acompañado yo de Herreros y a instancias suyas, pero sin un plan trazado y más bien como una exploración más, remontaba la canal del Pájaro Negro hasta la gruta de hielo, para salir a la amplia terraza del espolón (A en el itinerario 3) donde el año anterior éste y Cuñat habían quedado detenidos. Una grieta abierta en la pared, una clavija y salvábamos el obstáculo (IV grado). Después, por llambrias fáciles en un principio (II grado) y más delicadas al final (III grado), hasta donde queda indicado en la fotografía. Se puede clasificar este itinerario en la escala de dificultades, hasta el punto alcanzado, como de III grado, aunque podrá ser susceptible de variación según el estado y cantidad de nieve existente en la gruta y zona anterior de la canal. El resto, hasta la cresta, es terreno propio de los V y VI grados y tal vez podrá completarse el itinerario si no es factible por el frente de llambrias, descolgándose a la canal, hacia la derecha, la del Pájaro Negro, en su parte superior por encima de la gruta de hielo.

Por fin, a los dos años de planeada esta ascensión acometíamos la empresa Teógenes Díaz, Rubio y yo. Veníamos del Pirineo donde habíamos llevado a efecto una serie de ascensiones, entre otras, la del «couloir» de Gaube y de las cuales, por lo menos en lo que a mí se refiere, acusaba la fatiga de la dura campaña. De esta manera iniciábamos la ascensión por la canal de la que hoy es vía Sol-Ruiz Vilar, llegando al punto (X) y tocando casi el nevero, el cóncavo de la muralla. Como hubiéramos comenzado la ascensión bastante avanzada la mañana, ante la disyuntiva de un vivac en el cóncavo o en el lugar en que nos hallábamos, ya que conocíamos las características del último trozo hasta la cumbre, dejada la elección a mi cargo, decidía la vuelta a la base de partida y por el tiempo disponible, el abandono hasta una nueva visita. Una serie de rapeles a todo el largo de cuer-

da nos situaba al pie de la canal, ya casi de noche.

Pero todo cuanto precede no persigue como fin traer a colación viejas andanzas por la montaña, por la satisfacción personal de recordarlas o cosa análoga, ya que solo para mí podrían tener algún interés; no, sería necio.

He hablado de tiempos pasados y saco a relucir aún aquellos otros, cuando prácticamente se iniciaba la escalada en España; cuando se la consideraba como un acrobaticismo y era practicada de una manera esporádica por pequeños y contados grupos locales, en contadas regiones españolas; aquella época en que, con mi inmejorable compañero de cordada, iniciábamos una serie de primeras en Guadarrama, Gredos, Picos de Europa y de españoles en Pirineos, cuando todavía se desconocían el práctico sistema de descenso «Comici» la técnica de la triple cuerda y la de clavijas, por tanto, en desarrollo, no había alcanzado el nivel actual. Y si bien todo tiempo pasado no es mejor, no es menos cierto que la escalada no es solamente descenso «Comici» y técnica de clavijas, error —personalmente comprobado— en que caen gran parte de las nuevas corrientes montañeras, entusiasmadas por la facilidad y rapidez con que por unos conocimientos más rápidamente adquiridos, de buenas a primeras se sienten conquistadores al alcanzar con notorio abuso de clavijas, esta o aquella aguja, dominando la vertical y aún la pared extraplomada, con escaso dominio de lo único que es básico y fundamental: la escalada pura.

Se desvirtúa el verdadero sentido de la escalada, que es el afán de llegar más allá en el conocer y amar la montaña íntima y espiritualmente. La montaña es difícil y requiere un largo aprendizaje, que no puede adquirirse en un cursillo de escalada ni por la simple lectura de un manual de alpinismo, sino después de haberla frecuentado mucho y haber llevado a cabo un gran número de ascensiones.

Es cierto que para las grandes ascensiones, la técnica es imprescindible y tanto los ingeniosos artificios de la cuerda como las clavijas servirán para salvar determinados obstáculos y pasajes imposibles de otra manera, pero casi siempre serán un medio de seguridad moral o efectiva necesario, desde luego, pero en definitiva donde radicará la clave del éxito

estará en aquellas partes donde la clavija no es posible sino a distancia y hayan de realizarse progresos en terreno difícil, poniendo a prueba nuestra inteligencia, nuestra intuición y sentido de orientación, conocimiento de la roca, el cálculo exacto en la administración de nuestras fuerzas y el equilibrio y estilo más depurado en escalada pura, amén de otros factores que determinan la clase del escalador y para cuya formación es necesaria una larga experiencia.

En estas ascensiones encontraremos el sentido de la escalada, y, en las pequeñas al igual que en las grandes, si el espíritu que nos guía es acercarnos a la montaña hasta compenetrarnos con ella, estudiándola, conociéndola y saboreando el placer de ir hollando sus parajes más difíciles máxime si sabemos hacer un uso adecuado de la técnica. Si no es en período de entrenamiento, practiquemos, pues, el tipo de escalada que la montaña nos brinde, sin caer en la desviación de la especialización de tipo único, que solo podrá llevarnos al fracaso en el mejor de los casos y que, además, nunca hará escaladores; éstos han de ser completos.

La cara Sur del Naranjo (III grado) siempre le dejará un grato recuerdo a quien la remonte y no precisa clavijas. Del Torreón de los Galayos, en Gredos, por la vía Díaz-Rubio (III grado), o sea, por la chimenea de la canal de la Apertura, no menos grata será la impresión que guarde quien culmine esta esbelta aguja que tan solo precisa una clavija de seguridad a la salida de la chimenea para remontar el paso que da entrada a la brecha, entre la doble cima. Más satisfacciones nos dará el uso adecuado de cada técnica que el inmoderado abuso de cualquiera de ellas. ¡Qué satisfacción más íntima experimenté yo la primera vez que subí al Torreón y dando los últimos golpes de martillo escuchaba ese sonido especial de la clavija sólidamente encajada!. Satisfacción porque no era necesaria, pero sí prudente y bien elegido el lugar. Fue la primera clavija en esta bella aguja. Una «Dülfer» en la Sur de Peña Santa, qué satisfacción produce al desplazarse lateralmente por la caliza lisa!. Y hasta un descenso «Comici», sin pretender batir records de salto, que solo fatigan la cuerda —lo que más debe cuidar el escalador— de no verse obligado por circunstancias imprevistas.

Costaron varias tentativas hasta conseguir el éxito, ascensiones como la de la pared Oeste de la cima de Lavaredo en Dolomitas, la Norte del Cervino, las Grandes Jorasses y dos años para buscar el camino a la cima del Gran Dru, en los Alpes, por no citar más. En la Peña Santa también, antes de la primera ascensión por la Sur, precedieron como se ha visto, una serie de tentativas y reconocimientos como el de Herreros, descendiendo de la brecha del itinerario de la Norte al cóncavo, que hicieron más fácil el camino del éxito. Y siempre, siempre, en toda ascensión, primera o no primera, ha de preceder un detenido estudio sobre el terreno y sobre documentos e informes relacionados con la misma, si los hubiere.

De estos y los anteriores ejemplos ha de sacarse la conclusión de que en montaña y en escalada, en particular, hay que ir despacio y con pleno conocimiento de lo que se va a realizar, es una ley.

Debido a la improvisación y a la falta de preparación, han ocurrido en «nuestras montañas» una serie de accidentes que, por afortunados, no se han difundido. Si estas líneas fueran tenidas en cuenta por quienes practiquen o se inicien en el deporte de la escalada, habrán llenado su cometido. Primero, conocer la técnica, en la práctica después, paso a paso, a medida que se van adquiriendo enseñanzas y experiencia, las propias y las ajenas, sin comenzar la casa por el tejado.

Un lugar poco frecuentado es Vega Huerta y quisiera recalcar su importancia, como final, no por su belleza, de la que ya hablé al principio, sino para el aficionado a la escalada, como centro de ascensiones fáciles a Torre Bermeja, Torre Ciega, etc., y los itinerarios de tercer grado en Peña Santa de Castilla señalados en las fotografías, que le aproximarán y le permitirán apreciar lo que es terreno propio de los IV, V y VI grados, teatro de sus futuras empresas. Encontrará interesante el itinerario n.º 3 hasta la terraza del espolón al verse en plena pared, dando vista al cóncavo y la inmensa masa caliza; disfrutará elevándose a la Brecha de los Cazadores y recorriendo el aéreo perfil de la cresta hasta la cumbre; y saldrá entusiasmado si saliendo de Vega Huerta por los Llastrales se asoma al Jou Santo y emprende la ascensión de Peña

(continúa en la pág. 62).